

Segregación social urbana: introducción a un proyecto de investigación

Joan VILASAGRA IBARZ
Universitat de Lleida

«... donde las modernas urbanizaciones no han modificado el paisaje, existe hoy un ambiente que, en sus líneas generales, reproduce el de las "áreas deterioradas o degradadas" que sitúan los especialistas en geografía urbana en torno, o al menos muy cerca, de los distritos centrales de gran actividad administrativa y mercantil»

J. BOSQUE MAUREL, 1962: 277

«The city, in short, shows the good and evil in human nature in excess. It is this fact, perhaps, more than any other, which justifies the view that would make of the city a laboratory or clinic in which human nature and social processes may be conveniently and profitably studied.»

R. E. PARK, 1925: 46

Esta nota pretende aproximarse a la idea de segregación social urbana, de larga tradición entre las disciplinas sociales que se ocupan de la ciudad y, también, en geografía urbana. Después de definir el objeto de estudio y reflexión se presentan, de forma sucinta, las principales aproximaciones que se han dado y que conforman un marco conceptual general. Sobre él se realiza, finalmente, una propuesta que pueda ser operativa para la comprensión de la estructura social de la ciudad y se ilustra con un ejemplo.

DEFINICIÓN Y CONCEPTO

Tomemos dos definiciones dadas por diccionarios de geografía y evaluemos su contenido y diferencias. Según el de R. J. Johnston, segregación es «la separación residencial de subgrupos dentro de una población más amplia» (Johnston, ed., 1981: 372). Según el diccionario coordinado por R. Puyol, «poner aparte una o más categorías de población, ya sea con una finalidad consciente o mediante acción selectiva más o menos consciente de influencias económicas y culturales» (Puyol, coord., 1986: 338). La diferencia entre la primera y la segunda definición estriba en que mientras una refleja una cierta ambigüedad sobre si la segregación afecta al conjunto de grupos socia-

les o bien refleja el tratamiento de grupos específicos, la otra parece inclinarse por la segunda opción.

Esta indefinición sobre si el fenómeno de la segregación social urbana afecta globalmente a toda la sociedad o bien a grupos característicos arranca, desde mi punto de vista, del tratamiento espacial que en muchas disciplinas sociales se da del concepto segregación, normalmente ligado al estudio de la distancia social entre grupos raciales o étnicos, pero sin consideración protagonista de los lugares. Asimismo, una segunda causa de la indefinición viene dada por la realidad de las tradiciones empíricas de estudio de lo urbano, que también han enfatizado los problemas étnicos, la formación del gueto y, asimilado a él, el estudio de la pobreza urbana, aunque, a menudo, sin inscribirlos en un marco espacial más general. Por lo tanto, buena parte de la tradición sociológica y de los estudios de campo sugieren circunscribirse a unas pocas categorías, clases o grupos que son segregados del conjunto.

A pesar de ello, también se han desarrollado desde las ciencias sociales aprehensiones menos particularistas que consideran la segregación como un «aspecto general (...) de la organización social» (Kuper, 1968: 518) que de alguna manera refleja la diferenciación socio-cultural, la estratificación social y el pluralismo, característicos de las sociedades urbanas actuales. Es precisamente desde los estudios urbanos y, quizás destacándose, desde la geografía urbana, donde puede encontrarse una rica tradición en este sentido.

El punto de partida aquí aceptado es este último, según el cual, la segregación social urbana es el resultado de la agrupación de los diferentes estratos sociales de población en distintas áreas residenciales. Afecta, por lo tanto, al conjunto de población y no solo a grupos específicos. Aparece con la ciudad que se reestructura a partir de finales del siglo XVIII en Europa, cuando la separación de los grupos sociales en el espacio se sustenta, por una parte, en la separación del lugar de residencia respecto del lugar de trabajo, y por otra, en la *concentración de población en las ciudades, que favorece una estructuración zonal que refleja la capacidad de renta de los habitantes*. Es, por lo tanto, propia de la ciudad moderna, que surge históricamente de la industrialización de la economía y de la urbanización del territorio, y por lo tanto difiere en su génesis y resultado de otras formas de segregación social ligadas a usos sociales o a políticas discriminatorias, incluso de aquellas que tienen consecuencias espaciales o territoriales.

Una vez situado el concepto en su contexto espacial deben hacerse dos precisiones. En primer lugar, que la aceptación de un marco de segregación social urbana como definitorio de la estructura urbana de las ciudades actuales no significa, forzosamente, la existencia de separaciones radicales, siendo práctica habitual entre los investigadores la búsqueda de grados de segregación y, también, de mezcla social. En cualquier caso parece que son las clases de menor renta y, aún más, las de rentas superiores las que empíricamente responden a patrones extremos de segregación espacial. En segundo lugar,

parece pertinente plantearse que entender la segregación social en el espacio, la propia y habitual de la moderna ciudad occidental, es inexcusable para comprender, asimismo, la segregación de clase, de grupo, étnica o racial, y también, la pobreza urbana, todos ellos problemas candentes de nuestra sociedad.

APROXIMACIONES

Por supuesto, las formas de aproximarse a la segregación social en el espacio han sido múltiples. Aquí se enfatiza en tres momentos que reflejan las aprehensiones intelectuales que, creo, han alimentado al conjunto y, también, a las visiones más recientes: la crítica decimonónica a la ciudad industrial, la conceptualización fundamental de la ecología urbana americana de los años veinte y algunas de las aportaciones de extensión y de crítica del pensamiento «ecológico» en los últimos veinticinco años, muy diferentes entre ellas. De cada movimiento y de cada aprehensión se realiza una reseña necesariamente breve y esquemática y, probablemente, parcial.

En las descripciones de la ciudad europea industrial decimonónica, y refiriéndose a algunos de los problemas derivados del crecimiento urbano-industrial, aparecen las primeras visiones que abordan los problemas de la nueva segregación social. Éstas se encuentran en la literatura habitual de médicos higienistas y de urbanistas pioneros. A menudo se ha resaltado, como visión de síntesis y analíticamente muy rica, la de F. Engels (1845) en su capítulo dedicado a las grandes ciudades de su obra *Die Lage der arbeitenden Klasse in England*, y de ella, aún las páginas referidas a Manchester, la ciudad industrial decimonónica por excelencia. Cabe destacar, en primer lugar, la muy detallada descripción de la ciudad, barrio por barrio, analizando en cada uno de ellos las diferentes condiciones de vida de los obreros. En segundo lugar, el modelo de diferenciación socioespacial presente en la ciudad de Manchester, en muchos aspectos similar al esquema de la estructura urbana popularizado ochenta años más tarde, después del artículo de Burgess (1925). En tercer lugar, es interesante señalar su atención a los precios del suelo y al mercado de la vivienda, que aun siendo descriptiva, puntual y muy insuficiente, le permitió establecer algunas explicaciones del porqué de la estructuración urbana segregada en la ciudad capitalista.

A partir de los años veinte, de la mano de los sociólogos de la escuela de ecología urbana de Chicago, la idea de segregación social urbana pasa a tener un tratamiento científico y académico. Este constituye el segundo momento que deseo resaltar. El libro *The City*, de R. E. Park, E. W. Burgess y R. D. McKenzie (1925) plantea un marco conceptual que ha influido grandemente en la producción intelectual posterior.

En primer lugar se hace notar una cierta conexión entre degradación físi-

ca, de la fábrica urbana, y desorden moral, que, por una parte, enlaza con las visiones urbanas decimonónicas y, por otra, se prolonga hacia numerosas aprehensiones actuales. Como contrapunto, y negando las opciones nostálgicas de la ciudad pre-industrial y negativas de la ciudad moderna —línea de pensamiento que también recorre toda la época contemporánea— se afirma una visión progresista y positiva del hecho urbano, sintetizada años más tarde por L. Wirth (1938) al subrayar la aglomeración de población y la heterogeneidad cultural como factores de innovación y de progreso. En tercer lugar, existe un reconocimiento de los problemas sociales urbanos y una voluntad de afrontarlos y darles solución dentro de un marco de reforma social. Finalmente, la tensión detectada entre una ciudad globalmente positiva y los problemas de crecimiento y de asimilación, encuentra un marco explicativo elegante en la analogía orgánica: la ciudad es un cuerpo vivo y, como tal, sufre patologías (sociales) que se han de curar.

De la pionera escuela de ecología urbana interesa aquí, especialmente, el trabajo de Burgess (1925), *The growth of the city: an introduction to a research project*, en el que se plantea el conocido esquema de utilización del suelo acompañado por una explicación basada en la analogía organicista. El «metabolismo» de la ciudad, mediante los procesos de concentración-descentralización y de sucesión-extensión, explica la evolución de la especialización de usos del suelo, y su estructuración socialmente segregada y, también, la degradación del entorno del centro urbano. En la zona de transición reside la población inmigrante recién llegada, allí se crean los guetos permanentes, allí se da el máximo hacinamiento y las peores condiciones de vida, allí, en fin, se nota la falta de inversión en un suelo que está en barbecho.

El desarrollo de la propuesta inicial de Burgess ha supuesto la aceptación de una estructura segregada de usos del suelo en la ciudad moderna aunque no la universalización de las explicaciones «ecológicas». De hecho, su esquema de usos del suelo, más o menos corregido y adaptado, liberado de su sustrato más organicista, ha sido utilizado en estudios empíricos muy distintos. En España, Joaquín Bosque Maurel fue uno de los primeros, sino el primero en utilizarlo empíricamente y darlo a conocer (Bosque, 1962).

El análisis desde la economía neoclásica de la renta del suelo urbano ha generado, tal vez, el modelo más exitoso de los utilizados posteriormente (Alonso, 1960), al sobreponer la lógica de Von Thunen sobre usos del suelo agrario al esquema de separación social y de usos en la ciudad. Junto a él, la ecología urbana desarrolló prontamente un creciente interés por la medición de los fenómenos sociales, y así la explicación organicista dejó paso a la cuantificación de la realidad (Shevsky y Bell, 1955). Se parte ahora de la idea de «mosaico» urbano, que muestra diferentes agrupamientos de tipologías socio-económicas en los que la presencia y asociación de variables define cada porción de la ciudad (Timms, 1971).

Una visión crítica de estas tradiciones y, a su vez, un intento explicativo

alternativo se da en el seminal libro de David Harvey *Social Justice and the City* (1973) del que, desde la perspectiva que nos ocupa, pueden destacarse varias aportaciones. En primer lugar su crítica a las teorías sobre la creación del gueto (las derivadas de la tradición ecológica y de la economía neoclásica) que considera a lo sumo descriptivas del fenómeno y periféricas para una comprensión cabal del problema. Frente a ellas destaca Harvey la agudeza analítica de Engels y su posición global de crítica al capitalismo. En segundo lugar, en la primera parte del libro, que él define como de planteamientos «liberales», Harvey desarrolla algunas ideas que han de permitir comprender los procesos de segregación. La desigualdad social territorial la detecta como fruto de la distribución en el espacio del ingreso y de los procesos redistributivos (en forma de salario social) dentro del sistema urbano. Finalmente, formula una teoría marxista de la renta del suelo urbano que, en buena medida, contrasta con la desarrollada por la economía política clásica o neoclásica. Como el mismo autor ha señalado posteriormente, el libro adolece de unidad como tal (Harvey, 1992), y ello se nota al no integrarse cada una de las aportaciones en un todo sino circunscribirse a su capítulo específico. De hecho el apartado dedicado a la formación del gueto (capítulo 4) no utiliza en profundidad ni la idea de distribución y redistribución del ingreso (capítulos 2 y 3), ni la teoría marxista sobre la renta del suelo (capítulo 5).

A pesar de ello, es factible traducir al espacio residencial las que aquí se han señalado como aportaciones al tema por parte de Harvey. Una primera proposición es que la segregación social urbana aparece como producto del mercado de la vivienda (que capta una parte muy importante de la distribución en el espacio del ingreso) y como reflejo de las políticas redistributivas que se adoptan en cada momento y en cada lugar tanto en política de vivienda como en gasto social territorializado o en infraestructura urbana. Una segunda proposición es que la segregación social en el espacio refleja rentas del suelo diferenciales que no son aprehensibles mediante estudios de centralidad y distancia. Inicialmente, la renta del suelo se define por su centralidad y su accesibilidad a los bienes de consumo, aunque lo que muestra Harvey, entre muchos otros autores que han escrito sobre la teoría de la renta, es que éstas son variables en función de las inversiones realizadas y de las inversiones potenciales, privadas o públicas, en urbanización y en mejoras del suelo. De forma complementaria puede añadirse que el planteamiento urbano, cuando dibuja usos futuros o potenciales, está cualificando el suelo y orientando el mercado, tal como desde hace tiempo se ha señalado para las experiencias del «zoning» (Mancuso, 1978).

Una línea de trabajo inicialmente de aires muy diferentes a los aquí resumidos, pero que interesa subrayar como patrimonio a explorar para la comprensión de la segregación social urbana, se ubica en el análisis de las percepciones sociales de la ciudad y en la creación colectiva de imágenes. Esta última perspectiva ha sido destacada como muy habitual en estudios re-

cientes sobre raza y segregación racial en Estados Unidos (Leitner, 1992). En este sentido destacó, inicialmente, R. Ledrut (1973), que ya atendió a las percepciones del espacio urbano socialmente diferenciadas, con consideraciones interesantes sobre percepción y conducta de grupo. Asimismo, Amos Rapoport, sobre todo en los dos últimos capítulos de su libro (Rapoport, 1977), realiza una serie de consideraciones de valor para la comprensión de la estructura segregada de las ciudades. Por una parte, la preferencia en la selección de residencia está muy orientada por las pertenencias socio-culturales que abonan mapas mentales específicos. Complementariamente, las redes de relación social que establecen los diferentes grupos urbanos influyen en el conocimiento de la ciudad, en su uso y en sus preferencias. Por otra parte, Rapoport considera el medio urbano como depositario de simbolismos culturales y sociales. Cada parte de la ciudad detenta una imagen y una valoración socialmente definida. De ahí se desprende el interés en la comprensión de los procesos de creación de imágenes simbólicas que definen las diferentes áreas de la ciudad. Algunos antropólogos urbanos han explorado estas ideas generales con resultados muy interesantes; tal es el caso de Gary McDonogh (1987) que analiza los «discursos dominantes» sobre el Barrio Chino barcelonés para llegar a comprender la creación de opinión y la imagen colectiva que de él se tiene y la autoimagen de sus propios habitantes.

UN MARCO SINTÉTICO Y UN EJEMPLO

Los trabajos sumarizados obedecen, lógicamente, a visiones complejas imposibles de profundizar aquí, y son, tan sólo algunas de las muchas aportaciones que podrían señalarse en un espacio más amplio. Se les ha prestado atención, puesto que representan líneas de trabajo que a veces se consideran incompatibles, ideológica o epistemológicamente contrapuestas, y que, en cambio, creo que utilizadas conjuntamente permiten construir marcos de análisis valiosos.

La línea que arranca de la escuela de ecología urbana ha afinado progresivamente en la presentación y descripción de las diversas situaciones de segregación social urbana apoyándose progresivamente en la cuantificación de diversas variables sociales y en su presencia asociada, que aboca en una plasmación diferencial en el espacio de grupos, clases y etnias. Las perspectivas críticas, analizando la formación de rentas del suelo, los diversos segmentos del mercado de la vivienda y las políticas redistributivas, por su parte, permiten entender gran parte de los mecanismos de base que producen y que mantienen la desigualdad social en el espacio. Finalmente, el estudio de la imagen urbana colectiva y del estereotipo dibuja las actitudes y comportamientos que reflejan una idea global de ciudad que legitima, consolida y reproduce el espacio social segregado. Ciertamente, el único enfoque que permite una in-

tegración sólida de las tres líneas planteadas es el histórico puesto que el estudio temporal permite aprehender como los tres aspectos —diferenciación social, producción de espacio e imagen urbana— se autoalimentan e interrelacionan entre sí. A continuación se ilustra este planteamiento a partir de su aplicación —necesariamente esquematización— al caso de la ciudad de Lleida utilizando una visión comprensiva de su historia y los resultados de un buen número de trabajos empíricos.

En otro lugar se ha realizado una presentación detallada de la estructura urbana de Lleida utilizando algunos de los conceptos y herramientas de la tradición ecológica (Vilagrassa, 1990a). En él se da una descripción por zonas de la ciudad con atención a la cronología del crecimiento, los movimientos de población, la actividad económica y las tipologías morfológicas. El resultado es bastante asimilable a muchas ciudades españolas:

- Un centro comercial y de negocios muy despoblado y a caballo entre el centro histórico y una zona de ensanche decimonónica.
- Una zona del casco antiguo con características propias de las zonas de transición: pérdidas progresivas de población, altos porcentajes de envejecimiento, síntomas de marginalidad social, regresión de la actividad económica y degradación de la fábrica urbana.
- Una primera corona, que coincide con el crecimiento de ensanche, habitada por clases medias y con índices altos de mezcla social.
- Una segunda corona, «los barrios», habitada por grupos de rentas medio-bajas o bajas.
- Un sector transversal, la «Zona Alta», que arranca del corazón de la ciudad, en el ensanche, hasta la periferia urbana y que define las áreas actuales de residencia de las capas medio-altas y altas.

La comprensión de esta estructura urbana necesita de la visión histórica aplicada al proceso de diferenciación. La ciudad moderna inicia su andadura, en el caso que nos ocupa, en el primer quinquenio de los años sesenta del siglo pasado, cuando se otorgó el permiso real para derribar las murallas y se dibujó el primer plan de alineaciones de ensanche. Ello provocó un primer movimiento interno de población, asentándose parte de las clases adineradas en una zona de ensanche contigua a la calle Mayor y la zona baja de la ciudad amurallada, y formando ambas un espacio diferenciado respecto el conjunto del casco antiguo (Jové, 1989). Aunque la tendencia a establecer espacios sociales distintos se iniciase durante los años reseñados su consolidación tardaría bastantes años. Por una parte, la población permaneció casi estancada en su crecimiento hasta el segundo decenio del siglo actual y, de la misma manera, las zonas de nueva urbanización residencial fueron mínimas.

Entre 1910 y 1936, cuando la población pasó de 24.531 habitantes a más de 40.000 (según estimaciones, Lladonosa, 1980) el espacio residencial fuera del antiguo recinto amurallado creció considerablemente, siendo este

período el primero de colonización real del ensanche (Vilagra, 1985). Estos años pueden considerarse también como una segunda fase de la formación de la estructura social urbana. El ensanche fue progresivamente ocupado por grupos de rentas altas en la zona ya apuntada y, genéricamente, en una primera corona que rodeaba el centro histórico, por población autóctona, en gran parte de clase media, que se trasladó desde el casco antiguo. Paralelamente, algunas de las zonas de la ciudad histórica se convirtieron en un área residencial de alquiler de la población emigrada. Ello sucedió particularmente en «El Canyeret», barrio ya entonces muy degradado y hoy desaparecido, pero también en la trama urbana del casco antiguo asentada en una topografía más irregular y en una situación más excéntrica a la calle Mayor.

Este período puede caracterizarse desde algunas de las precisiones teóricas antes reseñadas. En primer lugar, hay que señalar la configuración de un mercado residencial diferencial entre el casco antiguo y el ensanche: vivienda nueva y usada, respectivamente; predominio, aunque discreto, de la propiedad en un caso y del alquiler en el otro. En segundo lugar, un trabajo sobre la financiación de infraestructura urbana y equipamiento municipal (Ganau, 1992a) sugiere, a pesar del fracaso global de la financiación, un tratamiento de favor para el ensanche, respecto al centro histórico, por parte del Ayuntamiento.

También puede detectarse la creación y difusión de imágenes estereotipadas sobre la ciudad y sus partes. A lo que aquí interesa una idea global de modernidad apoyada en las zonas de nueva urbanización y tan sólo matizada por la búsqueda de la tradición en la demanda de preservación de los monumentos singulares del centro histórico. Paralelamente, la zona residencial de rentas más bajas, especialmente el ya citado «barrio del Canyeret», difundía su imagen de tipismo payés, aunque faltado de edificios de valor patrimonial, y a la postre, alimentaba la percepción de núcleo de hacinamiento, falta de higiene y reducto de la pobreza moral y material de la ciudad (Ganau, 1992b). La difusión del estigma social se completaba al ubicarse, en él, las casas de tolerancia de la ciudad (Feixa, 1992).

Un paso adelante en la estructuración socio-espacial de Lleida se realiza después de la Guerra Civil y hasta los años setenta. Durante estos años el crecimiento demográfico debido a los aportes migratorios es muy cuantioso y, en su conjunto, la población pasó de unos cuarenta mil habitantes en 1940 a más de cien mil en 1975. El crecimiento urbano sigue dos líneas alternativas. Durante la postguerra, aun con un crecimiento demográfico moderado y un débil movimiento del mercado residencial, el ensanche creció lentamente, a la vez que se configuraban los núcleos iniciales de la periferia urbana, que después se convertirían en barrios populosos. La población recién llegada se instaló en la periferia, y también en el centro urbano más degradado, mientras el ensanche siguió afirmando su carácter social de clases medias y medias altas, según las zonas, entre las que dominaban los «leridanos de toda la

vida» y la elite funcionarial. A partir de los últimos años cincuenta, de forma conjunta al acelerón demográfico debido a los aportes migratorios, ensanche y barrios fueron consolidándose, incrementando su espacio urbanizado y reforzando sus características sociales respectivas. Por su parte, el centro histórico entró en un período de languidez y abandono.

Los diversos segmentos del mercado de la vivienda encontraron su ubicación espacial en lugares precisos. La periferia se caracterizó, en su primer momento de formación, por dos tipos residenciales excéntricos al mercado libre de la vivienda: la autoconstrucción y la vivienda social promovida por organismos oficiales. Estas construcciones primeras condicionaron socialmente la vivienda posterior, una vez los barrios de autoconstrucción fueron legalizados a partir de 1957 y, también durante estas fechas, cuando la promoción privada, utilizando la normativa sobre Renta Limitada Subvencionada, sustituyó a la iniciativa pública. Por su parte, el ensanche fue colonizado muy mayoritariamente por la iniciativa privada. En el centro histórico ésta prácticamente desapareció y las pocas promociones que en él se realizaron lo fueron por el sector público.

Inicialmente la ciudad creció desequipada y desurbanizada y la atención del Ayuntamiento se orientó de forma prioritaria hacia las zonas de ensanche. Durante el período 1938-1980 las zonas de ensanche recibieron algo más del 60 por 100 de las inversiones en obras de urbanización; los barrios, un 31 por 100, y el centro histórico, un 8,5 por 100 (Vilagrasa, 1990b). Un análisis más detallado llega a mostrar una relación bastante evidente entre bajas inversiones y lugares de vivienda de las rentas bajas. Por ejemplo, el centro histórico, excluida la calle Mayor y la zona comercial, recibió tan sólo el 2,4 por 100 de la inversión. Cifras similares son las que resultan para algunos barrios periféricos.

La inversión fundamental del período es la dedicada a la apertura del Gran Paseo de Ronda, a partir de 1969, y supuso casi una quinta parte del total invertido en obras de urbanización por el Ayuntamiento. La construcción de esta vía, que marca el límite del ensanche y su frontera con los barrios periféricos del margen derecho del río Segre, supuso una operación de estímulo fundamental para el mercado inmobiliario de los años setenta al permitirse una construcción muy densa. Ésta fue de matices residenciales diferentes según el tramo. Allí donde el contacto con los barrios era nítido se construyó a partir de pautas residenciales de clase media, actuando la Ronda como frontera y como zona de transición social. Una parte del abanico, sin contacto directo con las periferias populares se convirtió en el eje de expansión de la zona residencial de calidad.

Entre la postguerra y los años setenta la imagen urbana pasa de ser la de una ciudad provinciana, de aprehensión de un espacio global identificador del conjunto de la ciudad, a caracterizarse por su percepción fragmentada. Los documentos de planeamiento son los primeros en sancionar la nueva

imagen al señalar, el Plan de 1957 (redactado en 1952), unas líneas de crecimiento basadas en criterios sociales: como «barrio residencial modesto», como área de «viviendas protegidas», como zona de «edificación extensiva de cierta categoría», etc. Para el conjunto de la población, más allá de los espacios simbólicos o tópicos (la catedral, la calle Mayor, el río Segre) siempre presentes en el imaginario leridano (Ganau, 1992b) se ocultaba un gran desconocimiento del espacio real. Una encuesta realizada a principios de la década de los ochenta (Grup d'Estudis Urbans, 1982) muestra un mapa mental peculiar. De forma global aparece muy bien definida el área comercial del centro histórico y la primera ronda de circunvalación sobre la cual se asienta la trama de ensanche. En cambio, aparecen como zonas imprecisas y sin información caracterizadora tanto la periferia urbana como la zona de casco antiguo no comercial. Por otra parte, la misma encuesta revela preferencias residenciales acordes con una valoración social del espacio muy en consonancia con el mapa mental anteriormente descrito (se valoran las zonas que se conocen) y también con el mapa municipal de precios del suelo (se valoran y se conocen las zonas de rentas urbanas más altas). Frente a esta imagen colectiva cabe oponer, tan sólo y de forma muy fragmentada, la valoración positiva del propio barrio o lugar de residencia.

Desde las primeras elecciones democráticas hasta hoy en día, y sobre una estructura social urbana ya muy definida en la época anterior deben plantearse algunas matizaciones y apuntar algunas tendencias. En primer lugar, ya se ha citado la creación, en el decenio de los setenta, de una zona que ocupaba una parte del ensanche y un segmento del nuevo cinturón de ronda y de características sociales medio-altas y altas. Con el paso de los años esta zona ha ido prolongándose hacia la periferia enlazando zonas clásicas de ensanche con tramas antiguas de ciudad jardín y, ahora, con lugares recientemente urbanizados de casas adosadas, pareadas o aisladas, todo ello en un contexto urbano de débil crecimiento, hasta mediados los ochenta, y de auge de la construcción hasta hace un par de años, que ha revertido en la consolidación de un mercado residencial de calidad espacialmente diferenciado, y en consecuencia, en la consolidación de la ya citada «zona alta». Paralelamente, durante los últimos quince o veinte años la característica socio-urbana más destacable es la agudización de los procesos de degradación en el casco antiguo (Vilagrassa, Bru, Martí, 1993).

En este contexto y una vez más, la formalización de diferentes segmentos del mercado de la vivienda ubicados espacialmente muestran los espacios de diferenciación social. Al ya citado mercado en alza de la vivienda unifamiliar se le añade una terciarización creciente del producto inmobiliario en las zonas de ensanche y una mayoría de viviendas protegidas en las periferias (Bellet, 1993). Por otra parte, el centro histórico ha acogido promociones de protección oficial y, como forma dominante del mercado destaca el del alquiler del parque existente, en ocasiones viviendas sin las mínimas condicio-

nes de habitabilidad y ocupadas hacinadamente por colectivos de emigrantes extranjeros, por población gitana y por grupos socialmente marginales.

Los indicadores que muestran la inversión en urbanización y en equipamientos por parte del Ayuntamiento ¹ en este último período se muestran en consonancia con las características descritas del mercado. Durante los primeros años de gestión democrática municipal se realizó un esfuerzo considerable en la urbanización de las periferias surgidas durante el período anterior. Ello llevó a plantear una estrategia de atención a la periferia para cubrir necesidades perentorias aunque sin olvidar fomentar el carácter de capitalidad del centro urbano (Llop, 1982). Esta tendencia se ha mantenido *grosso modo* de forma regular hasta la actualidad pero con excepciones considerables desde, al menos, el segundo quinquenio de los ochenta. Por una parte, una gran parte de la inversión se ha orientado hacia la urbanización de nuevas áreas residenciales, y de ellas, de la ciudad jardín, más si se atiende a criterios de inversión per cápita; por otra parte, y al margen de una inicial inversión «de choque» en el centro histórico más degradado, presupuestada en 1980, no ha habido prácticamente ninguna otra realización remarcable hasta 1994, cuando los presupuestos municipales han incluido otra pequeña partida que preludia las obras que han de realizarse en los próximos años dentro de un programa de Área de Rehabilitación Integral.

Las imágenes urbanas generadas y asumidas colectivamente en los últimos años se alimentan y alimentan, una vez más, las tendencias ofrecidas por el mercado y por la política redistributiva. Podría realizarse, para reforzar lo que aquí se dice, un estudio de toponimia urbana popular, aunque baste señalar la propia denominación de «zona alta» como término ambiguo entre una ubicación topográfica y una denominación social, o dentro de ella, nombres de uso generalizado sobre promociones concretas, como «Falcon Crest», evocando las formas de vida de los acomodados protagonistas de la conocida serie televisiva. En el otro extremo, la «esquina de la muerte» describe dramáticamente el mercado público de la droga en la ciudad, situado en el casco antiguo. Ha sido esta zona de la ciudad la que de forma contundente ha reelaborado una imagen urbana nueva y altamente negativa. Un estudio reciente (Felxa y Puertas, 1993) muestra cómo la creación de un término único de aprehensión de la trama histórica de la ciudad (el «Casç Antic») ha sido una invención de los años ochenta, en la que la prensa ha jugado un papel central. El «Casç Antic» ha devenido, como imagen urbana, un concepto unitario que designa un área funcional y socialmente plural. En cualquier caso su utilización siempre es asociada a noticias sobre delincuencia, conflictividad étnica o racial, droga y, de forma amplia, degradación social de la población que lo habita, y sensación de peligro para el transeúnte que no pertenece a él.

¹ La información que sigue me ha sido facilitada por Carme Bellet y se encuentra aún en fase de elaboración.

El repaso histórico realizado muestra la posibilidad de comprensión cabal de los fenómenos de segregación social más allá de la simple descripción. El planteamiento se concibe como integrador de diversas tradiciones aunque no ecléctico, y de él emanan posibilidades de interrogación sobre políticas redistributivas más justas, objetivo al que se quiere llegar. Sin ánimo de exhaustividad se apuntan, ya para acabar, algunas de las muchas líneas posibles de profundización.

Una primera se refiere a la supuesta bondad de las políticas de promoción de suelo residencial de promoción oficial y afirma la dualidad de resultados de dichas políticas. En los casos que conocemos ha supuesto el facilitar vivienda a alguna población de rentas bajas, aunque la concentración de las promociones (en algún barrio periférico, en el propio centro histórico degradado) ha contribuido a la creación de estructuras sociales y culturales muy segregadas y de ambientes urbanos conflictivos. Complementariamente conviene estudiar los procesos de redistribución de la renta mediante inversiones en urbanización, infraestructura y equipamiento. La experiencia descrita ofrece una línea de conexión evidente entre expansión mobiliaria y gasto social territorializado en la que, salvo en momentos muy precisos, la agudización de las diferencias entre los distintos espacios sociales ha sido el resultado más frecuente. Otro análisis interesante es el referido a los espacios de agregación de la ciudad, frente a los de segregación social. En este sentido, algunos espacios de consumo colectivo, como las áreas comerciales y los espacios de ocio urbano, parecen configurarse como los más intergrupales e interclasistas, aunque la experiencia sugiere una tendencia hacia la fragmentación social creciente, perceptible en la existencia de diversos núcleos comerciales y de diversión socialmente delimitados. Finalmente, el estudio de la imagen colectiva de los lugares, de su formación, génesis y variación deviene necesaria para una comprensión completa de la ciudad, entendida como aquel laboratorio de estudio de la naturaleza humana y de los procesos sociales al que se refería Robert E. Park hace setenta años.

BIBLIOGRAFÍA

- ALONSO, W. (1960); «A theory of urban land market», *Papers of the Regional Science Association*, 6: 149-57.
- BELLET, C. (1993): «L'impacte espacial de l'activitat immobiliària a la ciutat de Lleida», *Treballs de la Societat Catalana de Geografia*, 36: 25-42.
- BOSQUE MAUREL, J. (1962): *Geografía urbana de Granada*, Granada, Universidad de Granada, 1988.
- BURGESS, E. W. (1925); «El crecimiento de la ciudad: introducción a un proyecto de investigación», en THEODORSON, G. A. (ed.), *Estudios de Ecología Humana*, Barcelona, Labor, 1974, vol. 1, pp. 69-81.

- ENGELS, F. (1845): *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, Madrid, Akal, 1976.
- FEIXA, C. (1992): *La ciutat Llunyana. Una història oral de la joventut de Lleida (1931-1945)*: Lleida, Arts Gràfiques Dalmau.
- FEIXA, C., y PUERTAS, S. (1993): *La sociabilitat al Casc Antic de Lleida: imatge social i multiculturalisme*, Ajuntament de Lleida, informe no publicado para el Programa de Àrea de Rehabilitación Integral del Centro Histórico.
- GANAU, J. (1992a): «Finançament de la infraestructura urbana i dels equipaments municipals a Lleida (1917-1930)», en ALIÓ, M.^a A., directora, *Cuatro ciutats com a model. El finançament de l'obra pública urbana a Catalunya durant els anys vint*, Lleida, Universitat de Lleida, colección Espai/Temps, núm. 13, pp. 47-62.
- (1992b): *La idea de ciutat a Lleida*, Lleida, Pagès Editors, Colección Seminarin núm. 7.
- GRUP D'ESTUDIS URBANS (1982): «La imatge de la ciutat de Lleida», en *Estudis urbans a Lleida*, Lleida, Ajuntament de Lleida, pp. 93-144.
- HARVEY, D. (1973): *Urbanismo y desigualdad social*, Madrid, Siglo XXI, 1977.
- (1992): «Classics in human geography revisited. Harvey, D. 1973: Social Justice and the city. Author's response», *Progress in Human Geography*, 16, 1: 73-4.
- JOHNSTON, R. J., ed. (1981): *Diccionario de Geografía Humana*, Madrid, Alianza, 1987.
- JOVÉ, A. (1989): «Riquesa, espai urbà i control polític a la Lleida de finals del segle XIX», en MIR, C., coordinadora, *Actituds polítiques i control social a la Catalunya de la Restauració (1875-1923)*, Lleida, Ed. Virgili i Pagès, colección El Fil d'Ariadna, núm. 1, pp. 107-20.
- KUPER, L. (1976): «Segregación», en *Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales*, Madrid, Aguilar, vol. 9, pp. 518-23.
- LEDRUT, R. (1973): *Les images de la ville*, París, Anthropos.
- LEITNER, H. (1992): «Urban geography: responding to new challenges», *Progress in Human Geography*, 16, 1: 105-18.
- LLADONOSA, J. (1981): *Història de la ciutat de Lleida*, Barcelona, Curial.
- LLOP, J. M.^a (1982): «Els déficits d'infraestructura i de serveis de Lleida, un nou model urbanístic per a la ciutat» en VV.AA., *Estudis Urbans a Lleida*, Lleida, Ajuntament de Lleida, 65-83.
- MANCUSO, F. (1978): *Las experiencias del zoning*, Barcelona, Gustavo Gili, 1980.
- MCDONOUGH, G. (1987): «The social construction of evil: Barcelona's Barrio Chino», *Antropological Quaterly*, 60, 4: 174-85.
- PARK, R.; BURGESS, E. W.; MCKENZIE, R. D. (1925): *The city*, Chicago, The University of Chicago Press, reimpression de 1968.
- PUYOL, R. (coord.) (1986): *Diccionario de Geografía*, Madrid, Síntesis.
- RAPOPORT, A. (1977): *Aspectos humanos de la forma urbana*, Barcelona, Gustavo Gili, 1977.
- SHEVSKY, E.; BELL, W. (1955): *Social area analysis*, Stanford University Press.
- TIMMS (1971): *El mosaico urbano*, Madrid, Instituto de Estudios de la Administración Local, 1976.
- VILAGRASA, J. (1985): «Les etapes del creixement i la configuració física de la ciutat», en VV.AA., *Lleida, 1810-1985*, Barcelona, Caixa de Pensions per a la Vellesa i d'Estalvi.
- (1990a): «Forma i funció a la ciutat de Lleida», en LOPEZ, A., coordinador, *Lleida viva. Cultura urbana i medi*, Lleida, Ateneu Popular de Ponent, pp. 155-81.

- VILAGRASA, J. (1990b): *Creixement urbà i agenís de la producció de l'espai: El cas de la ciutat de Lleida 1940-1980*, Barcelona, Institut Cartogràfic de Catalunya.
- VILAGRASA, J.; BRUI, J., y MARTÍ, J. (1993): Característiques Socio-econòmiques i estructura física del centre històric, Ajuntament de Lleida, informe no publicat, para el Programa de Àrea de Rehabilitació Integral del Centre Històric, 6 vols.
- WIRTH, L. (1938): «El urbanismo como forma de vida», en FERNÁNDEZ-MARTORELL, M., editora, *Leer la ciudad. Ensayos de antropología urbana*, Barcelona, Icaria Editorial, 1988, pp. 29-53.